

TERCER EPISODIO

—

EN EL PAÍS DE LOS LEONES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



I

LAS DILIGENCIAS DEPORTADAS

**E**RA una vieja diligencia de tiempos remotos, forrada de mullidos, guateada á la antigua usanza, con grueso paño azul, enteramente descolorido, con sus enormes botones de lana deshilachada de trecho en trecho del forro; cuyos botones, después de algunas horas de camino, acababan por clavarse en la espalda de uno como botones de cauterio.

Tartarin de Tarascón ocupaba un rin-

cón de la rotonda. Allí se instaló lo mejor que pudo, esperando aspirar las singulares emanaciones almizcladas de las grandes fieras del África. Pero, por el pronto, hubo de contentarse con los olores de este viejo vehículo, que emanaba un hedor compuesto de sudores humanos y sudores de caballos, de correajes, de vituallas y de paja sucia.

Iba en la rotonda un poco de todo. Un trapense, mercaderes judíos, dos mujeres alegres que iban á incorporarse á sus respectivos cuerpos—el 3.º y 4.º de húsares, — un fotógrafo de Orleansville... Pero, por encantadora y variada que fuese la compañía, Tartarin no estaba de humor de charlar, y permaneció arrinconado, con su brazo derecho pasado por la abrazadera, con sus carabinas entre las piernas. Su precipitada partida, los ojos negros de Baia, la terrible cacería que iba á inaugurar, le turbaban el cerebro; sin contar que, con su buen aire patriarcal, esta diligencia europea encontrada en plena África, le recordaba vagamente el Tarascón de su juventud, sus excursiones fuera de puertas,

las comidas campestres en las orillas del Ródano..., un tropel inmenso de recuerdos.

Poco á poco vino la noche. El mayoral encendió las linternas. La decrepita diligencia saltaba, chillando sobre sus enmohecidas ballestas; los caballos trotaban, los cascabeles producían una música monotonía, cambiando el ritmo de vez en cuando, ora por el tropezón de un caballo, ora por el cambio de paso de otro, por el chasquido del látigo del conductor..., y de vez en cuando se percibía en la vaca del imperial el ruido de herrajes y grandes pesos, yendo de un lado para otro á cada bache del camino: era el material de guerra de Tartarin y las cajas consabidas de conservas, botiquín, tienda de campaña, y demás impedimenta del héroe tarasconense: todo el material de guerra.

Tartarin de Tarascón, casi dormido, permaneció un momento contemplando con vaguedad á los viajeros, cómicamente sacudidos por la desigual marcha del carruaje, y le pareció que bailaban delante de él como sombras chinescas...

Luego, sus ojos, que se iban entornando, se cerraron por completo, velóse su pensamiento, y no escuchó sino muy vagamente gemir los ejes de las ruedas y los costados de la diligencia, que exhalaban ayes quejumbrosos...

De pronto, una voz, voz de vieja hada constipada, cascada, avinagrada, llamó al tarasconense por su nombre:

—¡Oh, Sr. Tartarin, Sr. Tartarin!

—¿Quién me llama?

—Soy yo, Sr. Tartarin. ¿No me conoce usted? Soy la antigua diligencia que, veinte años ha, hacía el servicio entre Tarascón y Nimes. ¡Cuántas veces os he llevado con vuestros amigos cuando íbais todos á cazar las gorras por la parte de Joncquières ó de Bellegarde! No lo había reconocido á usted al pronto, á causa de ese gorro de *Teur*, y por el cor-pachón que ha echado usted. Pero en el instante que se ha puesto usted á roncar ¡qué suertel! os he reconocido en el acto.

—Está bien, está bien, murmuró el héroe, un tanto amostazado.

Después, dulcificando el tono, gesto y voz, añadió:

—Pero, en suma, mi pobre vieja amiga, ¿qué habéis venido á hacer aquí?

—¡Ah, Sr. Tartarin! No he venido por mi gusto, os lo aseguro. En cuanto fué acabado el ferrocarril de Beaucaire, no me han encontrado ya buena para nada, y me han mandado á Africa. Y no soy yo la única. Casi todas las diligencias de Francia han sido deportadas conmigo. Nos encontraban demasiado reaccionarias, y he aquí que ahora nos hallamos llevando una vida de galera. Esto es lo que en Francia llaman ustedes los caminos de hierro de Argelia.

Aquí la vetusta diligencia exhaló un suspiro, como un gemido, desgarrado balido de lo más profundo de la medula de sus huesos, y prosiguió:

—¡Ah! ¡Cómo me acuerdo de mi hermoso Tarascón! Aquellos eran los buenos tiempos para mí: la época de la juventud. Era preciso verme partir por la mañana lavada y lustrosa, con mis ruedas como recién barnizadas siempre; mis linternas brillantes, que parecían dos soles, y mi vaca engrasada constantemente como zapatos embetunados. Aque-

llo sí que era hermoso, cuando el postillón chasqueaba su látigo: ¡*La Tarasca!* ¡*La Tarasca!* y el mayoral, con su corneta en bandolera, su gorra bordada, caída sobre la oreja izquierda, echando en la vaca su pequeño gozque, siempre furioso, se lanzaba allá arriba él también, gritando: — “Arrea, arrea.” — Entonces mis cuatro caballos arrancaban animándose con el ruido de los cascabeles, los ladridos de los perros, de los toques de bocina; se abrían las ventanas, todo Tarascón se asomaba á verme pasar, mirando con cierto orgullo perderse la diligencia en medio de una nube de polvo allá en la línea blanca del camino real.

Calló como para reponerse del prolongado ¡ay! crujiente de su cuerpo, y continuó á poco:

— ¡Qué hermosa carretera, Sr. Tartarin! Ancha, bien cuidada, con sus postes de kilómetro en kilómetro, sus montecillos de grava de trecho en trecho, á derecha é izquierda, y á entrambos lados sus lindas llanuras, en que verdeaban con tonos diversos los olivos y los viñedos. Luego, paradores y posadas cada

diez pasos, descansos cada cinco minutos; y mis viajeros... ¡Qué gente! ¡Qué clase de gente! da orgullo recordarlos; alcaldes, concejales por lo menos, párrocos ó simples sacerdotes; los unos que iban á ver al subgobernador á Nimes; los otros que iban á visitar allí mismo al Prelado; honrados industriales de telas de seda, que regresaban del *Maset*; colegiales que volvían de vacaciones, aldeanos con sus blusas bordadas de trencillas, perfectamente afeitados, y allá arriba, en la imperial, todos ustedes, los cazadores de gorras, que siempre iban de tan buen humor, y cantando cada cual *la suya*: ¡su canción á la tarde, á las estrellas!...

Volvió á guardar silencio la voz de la diligencia, y tornó, tras breve pausa, á hablar de esta manera:

— Ahora, todo ha cambiado. ¡Qué gentes cargo! ¡Dios y yo solamente lo sabemos! Un montón de infieles venidos de no sé dónde, que me llenan de parásitos y miseria, negros, beduinos, soldadesca, aventureros de todos los países, colonos harapientos que me apestan y me infes-

tan con sus pipas y sus suciedades... Toda esta gentualla hablando un lenguaje que Dios lo entiende... y además, ya ve usted cómo me tratan: nunca me limpian, jamás me lavan. Se me niega el unto para mis ojos. En vez de mis antiguos caballos hermosos, grandes, lustrosos, tranquilos, me enganchan caballejos árabes, que tienen el diablo en el cuerpo, que se pelean, se muerden, bailan, saltan y corren como cabras, y que me rompen mis varas y lanzas á pares de coces. ¡Ay, ay, ay! mire, mire usted, ya comienza la función...

Repuesta del susto, volvió á tomar el hilo del discurso en la forma siguiente:

—¡Qué caminos! Por aquí es soportable; menos mal si todo fuera así; pero ¿ve usted qué malo es? pues es tortas y pan pintado para lo que nos espera. El principio no está enteramente mal, por la proximidad del Gobierno; mas allá abajo, aquello ni es camino ni nada. Se anda como buenamente se puede, á través de montes ó llanuras, á la buena de Dios, á lo que cae, no importa: por entre palmeras enanas ó por encima de lentiscos, y

sin un solo descanso fijo. Se hace alto donde parece. Unas veces el mayoral pára en una alquería, otras veces en otra.

Después de un salto brusco, continuó:

—A lo mejor, este truhán de conductor me hace dar un rodeo de dos leguas para pasar por casa de un amigo suyo, á beber unas copas de ajenjo ó el *champoreau*... Después de lo cual ¡*jarrea, postillón!* y es preciso recuperar el tiempo perdido, y allá vamos como alma que lleva el diablo. El sol, cuece; el polvo, quema. ¡Arrea, arrea! Se tropieza en todas partes, se vuelca. Pero no importa; arriba otra vez, y ¡*jarrea, arrea!* Se pasan los ríos casi á nado, se atrapa un reuma mayúsculo, se moja todo el mundo, y aun se ahoga alguno, pero ¿qué? adelante, ¡*jarrea, arrea!* Después, por la noche, chorreando ¡figúrese qué cosa para mis años! me obligan á descansar al raso, en un patio de un parador público de caravanas, abierto á todos los vientos. Durante la noche, los chacales, las hienas, vienen á oler mi caja, y los merodeadores que temen al rocío, duermen al abrigo de mis compartimientos...

Crujió de nuevo, y concluyó su relación de esta manera:

—Ahí tenéis mi vida, mi pobre Sr. Tartarin. Esa misma llevaré hasta que llegue el día en que, quemado mi cuerpo por el sol, podrido por las humedades nocturnas, me desencaje cuando menos se piense en medio de una calle ó en un rincón cualquiera, ó Dios sabe dónde, y los árabes vendrán á quemar mis despojos para cocer su alcuzcuz, y en paz!...

—¡Blidah, Blidah! gritó el conductor abriendo la portezuela.



## II

## DONDE SE VE PASAR Á UN SEÑOR

PEQUEÑITO

Vagamente, á través de los cristales empañados por el aliento, Tartarin de Tarascón divisó una plaza muy bonita, rodeada de arcos y plantada de naranjos, en la que algunos soldados hacían el ejercicio aprovechando el fresco de la mañana.

Los cafés se abrían, y en una esquina se veía un mercado de verduras.

Era encantadora aquella perspectiva; pero nada aún olía á león.

—¡Al Sur! ¡Más al Sur! murmuró el buen tarasconense hundiéndose en su rincón.

En aquel momento la portezuela se abrió. Una bocanada de aire fresco entró en el carruaje, trayendo en sus alas el perfume del azahar, y subió al coche un caballero muy bajito, viejo, seco, arrugado, con una cara del tamaño del puño, una levita color de avellana, una corbata de media cuarta de ancho, una gran cartera de piel debajo del brazo, y un enorme paraguas.

La vera efigie ciertamente de un notario de pueblo.

Al ver el material de guerra del tarasconense, el diminuto señor, que se había sentado enfrente de nuestro héroe, pareció en extremo sorprendido y se puso á mirar á Tartarin con una insistencia algo incómoda.

Relevaron el tiro, la diligencia echó á andar, y el nuevo viajero no apartaba la vista de Tartarin, hasta que por fin éste, molestado por la insistencia insolente de

su vecino, le dijo, mirándole á su vez cara á cara:

—¿Mi equipo os admira?

—¡No, me incomoda! repuso el otro con mucha calma.

Y la verdad es que con su mochila á la espalda, su revólver, sus dos fusiles enfundados, su cuchillo de monte y su corpulencia, ó sea su excesiva humanidad, Tartarin de Tarascón ocupaba mucho sitio.

La respuesta de su compañero de viaje le enfadó.

—¿Os imagináis, por ventura, que había de ir á matar leones con un paraguas? replicó el gran hombre con fiereza.

El pequeño señor miró su quitasol, se sonrió con dulzura, y dijo, siempre con la misma calma:

—¿De modo que sois?...

—¡Tartarin de Tarascón, matador de leones!

Y pronunciando con énfasis estas palabras, sacudió, como si fuera una melena, la borla azul de su *chechia*.

Entre los compañeros de viaje hubo un movimiento de estupefacción.



El trapense se persignó, las señoras soltaron un grito de espanto, y el fotógrafo de Orleansville se aproximó al matador de leones, pensando ya en la honra insigne de hacer el retrato de tan valiente hombre.

El diminuto señor no se inmutó.

—¿Habéis matado muchos ya, señor Tartarin? preguntó muy tranquilamente.

—¡Ya lo creo! Y os deseo que tengáis siquiera tantos cabellos como leones he hecho morder el polvo.

Y todos los viajeros soltaron la carcajada, mirando los tres pelos amarillentos y tiesos que adornaban el cráneo del pequeño viajero. El fotógrafo de Orleansville tomó á su vez la palabra.

—Es una penosa profesión la vuestra, señor Tartarin... Se pasan algunos momentos...; y si no, ese pobre señor Bombonnel...

—¡Ah, sí, el matador de panteras! dijo Tartarin con aire desdeñoso.

—¿Le conocéis? preguntó el viejecito.

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo que le conozco!... Hemos cazado más de veinte veces juntos.

Su interlocutor se sonrió.

—¿Cazáis también la pantera, señor Tartarin?

—Algunas veces, á modo de pasatiempo, dijo el ya irritado tarasconense.

Y añadió levantando la cabeza con gesto heroico, que inflamó el corazón de las dos húsares:

—Esa caza no puede compararse nunca con la del león.

—En verdad, dijo el artista, que la pantera no es otra cosa que un gato muy grande...

—Justamente, dijo Tartarin, que no sentía rebajar la gloria de Bombonnel, y sobre todo delante de las señoras.

En aquel instante la diligencia paró, y el conductor, abriendo la portezuela, dijo dirigiéndose al anciano con mucho respeto:

—Habéis llegado, caballero.

Éste se levantó, bajó, y antes de marcharse, dijo:

—¿Queréis que os dé un consejo, señor Tartarin?

—Hablad, caballero.

—A fe mía, me parecéis un hombre de

bien y no rehusó deciros lo que pienso... Volvéos pronto á Tarascón, señor Tartarin: aquí perderéis el tiempo. Y si bien es verdad que aún quedan algunas panteras en la provincia, es una caza demasiado despreciable para vos... En cuanto á los leones, se acabaron ya. No queda ninguno en Argelia, pues mi amigo Chassaing acaba de matar el último.

Y el señor pequeño saludó, cerró la portezuela y se fué riendo, con su cartera debajo del brazo y su paraguas en la mano.

—Mayoral, ¿quién es ese infeliz? preguntó Tartarin haciendo una mueca.

—¡Cómolo! ¿No le conocéis? ¡Pues si es el famoso señor Bombonnel!



## III

## UN CONVENTO DE LEONES

TARTARIN de Tarascón se apeó en Milianah, y la diligencia siguió su camino hacia el Sur.

Dos días de continuo traqueteo, dos noches pasadas con los ojos abiertos mirando por la portezuela á ver si divisaba en los campos ó en las orillas de la carretera la sombra espantosa del león, tantas emociones y tantos insomnios, bien merecían que nuestro héroe descansara algunas horas.

Y luego, en honor de la verdad, es preciso convenir en que desde su mala aventura con el señor Bombonnel, el leal tarasconense, á pesar de sus armas, de su terrible mueca y de su gorro colorado, no se hallaba á gusto en presencia del fotógrafo de Orleansville ni de las señoritas del 30 y 40 de húsares.

Echó á andar, pues, por una, que le pareció mejor, de las calles de Milianah, que las tiene hermosas, llenas de frondosos árboles y de fuentes, y buscando una fonda que le conviniera, Tartarin no dejaba de pensar en las palabras de Bombonnel...

¡Si fuera verdad que ya no quedaban leones en Argelia!

¿De qué le servían entonces tanto viaje y tantas fatigas?

De repente, al revolver una esquina, nuestro héroe se halló enfrente... ¿De qué? Adivinadlo... De un hermoso león que esperaba delante de la puerta de un café, sentado en sus cuartos traseros y con su magnífica melena iluminada por el sol.

—¿Pues no decía que ya no quedaba

ninguno? exclamó el tarasconense dando un salto atrás.

Al oír esta exclamación, el león bajó la cabeza, y cogiendo con los dientes un cuenco de madera que se hallaba en el



suelo al alcance de su boca, lo presentó humildemente á Tartarin estupefacto... Un árabe que pasaba por allí echó una moneda en la escudilla, y el animal meneó la cola... Entonces Tartarin lo comprendió todo; vió lo que la emoción le

había impedido ver antes : un gran gentío agrupado alrededor del pobre león, que era ciego, y dos grandes negros, armados con garrotes, que le paseaban á través de la ciudad, como los saboyanos á sus marmotas.

La sangre del héroe dió un vuelco.

—¡Canallas! gritó con voz de trueno. ¡Humillar de ese modo á tan nobles animales!

Y lanzándose hacia el león, arrancó la inmunda escudilla de entre sus mandíbulas reales. Los dos negros, creyendo habérselas con un ladrón, se echaron sobre el tarasconense con los garrotes levantados... Fué una terrible reyerta. Los negros pegaban, las mujeres chillaban, los niños se reían, y hasta el león, aunque ciego, ensayó un rugido. Un viejo zapatero judío gritaba desde el fondo de su covacha: "¡Al juez de paz, al juez de paz!,

El desgraciado Tartarin, después de una lucha desesperada, rodó por el suelo entre las monedas y la basura.

Por fortuna, en aquel momento un hombre atravesó por en medio del gen-

tío, apartó con un gesto á los chiquillos, dijo dos palabras á los negros y levantó á Tartarin, le cepilló y le sentó en un guardacantón para que recuperara el aliento.

—¡Cómo! ¿ Sois vos, Príncipe? dijo el infeliz Tartarin, frotándose el cuerpo.

—Sí, mi valiente amigo, yo soy, dijo el príncipe montenegrino; el seductor príncipe del buque de Marsella, que tengo la dicha de llegar á tiempo para salvaros de la brutalidad de esos tunantes... Tan pronto como recibí vuestra carta, he confiado á Baia á su hermano, he alquilado una silla de postas, he corrido cincuenta leguas á escape, y heme aquí tan á tiempo... Pero ¿qué habéis hecho para ser tratado de ese modo?

—¡Qué queréis, Príncipe! No he podido ver con sangre fría á ese desgraciado león con el cuenco en la boca, humillado, vencido y sirviendo de mofa á todos esos andrajosos musulmanes.

—Pues os equivocáis, mi querido amigo. Por el contrario, ese animal es para ellos un objeto de respeto y de adoración. Es sagrado, y forma parte de un

gran convento de leones, fundado hace trescientos años por Mahommed-ben-Auda, una especie de comunidad trapense, formidable y feroz, rugiente y despidiendo olor á fieras, en donde extraños frailes educan y amansan centenares de leones, enviándolos después por todo el África septentrional, acompañados por los hermanos mendicantes. Los dones que éstos recogen sirven para cuidar del convento y de la mezquita, y si los dos negros han demostrado tan mal humor y os han maltratado tan cruelmente, es porque están supersticiosamente convencidos de que por un solo céntimo perdido ó robado por culpa de ellos, el león que llevan los devoraría inmediatamente.

Tartarin se deleitaba oyendo este inverosímil relato, y aspiraba ruidosamente el aire que tanto necesitaban sus pulmones después de la refriega.

—Lo que más me gusta en todo cuanto me decís, es que, por más que diga el señor Bombonnel, hay todavía leones en Argelia.

—¡Sí los hay! exclamó el Príncipe con entusiasmo. Desde mañana iremos á dar

una batida en la llanura de Cheliff, y ya veréis...

—¡Cómo, Príncipe! ¿Tenéis la intención de cazar vos también?

—¡Pardiez! ¿Creéis acaso que os dejaré ir solo en plena África, en medio de esas tribus feroces, de las que ignoráis el idioma y las costumbres?... ¡No, no, ilustre Tartarin, no os abandono ya!... Por donde quiera que vayáis, os acompañaré.

—¡Oh, Príncipe, Príncipe!

Y Tartarin, radiante de alegría, dió un abrazo al donoso montenegrino Gregory, pensando con orgullo que, como Julio Gérard, Bombonnel y todos los más afamados matadores de leones, tendría él también un Príncipe extranjero para acompañarle en sus cacerías.

